

cuando era chica. ¡Imposible! Desesperada por la lucha en casa, acepté a X. X. ¡Pero no, no podía! Ahora que soy libre, puedo por fin, decirle claramente lo que usted adivinó, y que me ha hecho llorar hasta rabiarse por no habérselo sabido expresar antes.

»¿Se acuerda de la noche que vino a casa? Hoy hace seis meses y catorce días. Miles de veces me he acordado del...automóvil. ¿Recuerda? ¡Qué mal hice, Montt! Pero yo no quería todavía confesármelo a mí misma. El me distinguía mucho (X. X.), y lo confieso sinceramente: me gustaba, ¿Por qué? Pasé mucho tiempo sin darme cuenta... hasta que usted vino de nuevo a casa. Entre todos los muchachos que me agradaron, siempre hallé en ellos alguna cosa que recordaba de usted: o su voz, o su modo de mirar, ¡qué se yo! Cuando lo ví de nuevo lo comprendí claramente. Pero aquella noche yo estaba muy nerviosa... y no quería que usted se envalentonara demasiado.

»¡Oh, Montt, perdóneme! Cuando yo volvía del balcón (el automóvil), y lo ví mudo sin mirarme más, tuve impulsos locos de arrodillarme a su lado y besarle las pobres manos, y acariciarle la cabeza para que no arrugara más la frente. Y otras cosas más, Montt, como su ropa. ¿Cómo no comprendió usted, amigo de mi vida, que aunque volviera de trabajar como un hombre en el campo, no podía ser para mí otro que «el amigo de Silvina», siempre el mismo para ella?

»Esto mismo me lo he venido preguntando desde hace seis meses: ¿cómo no comprendió él, que es tan inteligente y que comprende a maravilla a sus personajes? Pero tal vez soy injusta, porque yo misma, que veía claro en mí, me esforcé en no hacérselo ver a usted. ¡Qué criatura soy, Montt, y cuánto va a tener que sufrir por mí... algún día!

»¡Oh, amigo! ¡Qué gozo podérselo escribir libre de trabas, dueña de hacer de mi vida lo que el destino me tenía guardado desde chica! Estoy tan convencida de esto, Montt, que en estos seis meses no he hecho otra cosa (fuera de la pobre mamá), que pensar en «ese día». ¿No es cierto, Montt, usted que ha visto tan claro en los otros corazones, que en el suyo usted vió también aquella noche una «esperanza» para su pequeña Silvina? ¡Sí, estoy segura!

»Cuando le escribí mi carta (¡qué fastidio tener que escribirle en ese papel que me compró la sirvienta!); cuando le escribí estaba realmente resentida con usted. ¡Escribirme en esa horrible máquina, como si quisiera hacerme ver que para usted era un asunto comercial: mandarme las ilustraciones, salir del paso, y ¡tras! Ya

estaba cumplido con la frívola Silvina. ¡Qué maldad! Pero Silvina no es frívola, aunque lo diga mamá (mamá dice «apasionada»), y le perdona todo.. Y tiene otra vez deseo de pasarle despacito la mano por la frente para que no aparezcan esas arrugas feas.

»Montt: Yo sabía que aquella persona que iba con usted era su novia. ¡Y sabía que no se había casado, y sabía todo lo que usted solo había hecho en el campo, y había leído todo, todo lo que usted había escrito!

»¿Ve ahora si deberá tener cuidado con su Silvina?

»¡Pero no, amigo de toda mi vida! Para usted, siempre la misma que quería estar siempre a su lado cuando tenía ocho años... ¡Todo lo que pueda valer algo en Silvina, su alma, su cuerpo, su vida entera (más no tengo!) es para usted, amigo!

»Cuando pienso que puedo llegar a tener la felicidad de vivir al lado suyo, alegrándolo con mis locuras cuando esté triste, animándolo para que tra-

baje, pero allí en Buenos Aires, donde está en adelante su verdadero campo de lucha... ¡Oh, Montt! ¡Pensar que todo esto es posible para la pobre Silvina!... ¡Hacerme la chiquita al lado de un hombre como usted, que ya ha sufrido mucho y es tan inteligente y tan bueno! Nunca, nunca más volvería una arruga fea.

»¿Se acuerda, Montt, de la noche que le descosí, distraída, la «boutonnière?» ¡Cómo quedó la pobre solapa! Ahora quisiera tener la cabeza reclinada allí mucho tiempo... ¡Siempre, Montt!

»Y ya no sé más qué decirle... sino que he sido muy clara, tan clara que me avergonzaría, de no ser usted quien es. Allí, solo y pensando quién sabe qué cosas de Silvina, recibirá esta carta que le lleva todo el amor de

*Silvina.*

«Amor mío: te ama y te espera

S.»

(*La Nación*, Buenos Aires).

## El drama como estudio en los colegios

Los informes suministrados al Departamento de Educación de los Estados Unidos referentes a ciento sesenta y cuatro colegios y universidades, revelan una interesante y notable tendencia, de parte de las autoridades docentes, en reconocer las artes del teatro como una parte de la actividad cultural de los estudiantes. En algunos casos las aptitudes para recibir un grado académico se reconocen por el esfuerzo en la producción de dramas, con la cooperación en muchos casos, de dichas autoridades.

El Instituto Carnegie, de Tecnología, tiene una escuela de drama junto con los cursos que deben seguirse para recibir el título de Bachiller y Maestro de Artes. Esta escuela ha estado funcionando desde hace cinco años, y durante ese tiempo ha dado trescientas ochenta representaciones públicas cuyas decoraciones, trajes y alumbrado han sido preparados por los estudiantes. El énfasis se prefiere en la actuación antes que en lo escrito, y los estudiantes escriben y producen sus propios dramas bajo la vigilancia necesaria. La escuela tiene por objeto preparar maestros de trabajos dramáticos y compositores profesionales.

Este trabajo se diferencia mucho de la representación anual que se considera como típica de los colegios dramáticos. Esta consistía generalmente en una comedia musical y era importante principalmente como un suceso social. Tales obras se representan

todavía por El Club Pudín de Harvard, El Club Triángulo de Princeton y el de Máscaras y Pelucas de La Universidad de Pensilvania. Estas sociedades representan a veces sus dramas en varias ciudades, pero esto no es propio de la obra dramática de los colegios.

Como un objeto de la tendencia presente hacia el trabajo dramático en los establecimientos de enseñanza, puede citarse el laboratorio dramático de La Universidad de Harvard, dirigido por el profesor Jorge Pierce Baker en conexión con su clase dramática técnica.

El objeto de la compañía es representar dramas escogidos para que los puedan juzgar imparcialmente. Las faltas técnicas, que el autor no puede ver a pesar de la crítica hecha en las lecciones, se muestran en la representación. La compañía está compuesta como de treinta personas entre hombres y mujeres, pertenecientes en su mayoría a las Universidades de Harvard y Recliff. El profesor Baker actúa como director de dramas y los estudiantes como directores, asistentes, ayudantes voluntarios o tramoyistas. La asistencia pagada ha caído en desuso poco a poco, y según el profesor citado, desde que se escribe una obra hasta que cae el telón todos los gastos corren de cuenta de la compañía. Esta última no vende entradas en Harvard, sino que invita a las personas interesadas en asistir a los teatros experimentales.

Aunque la Universidad tiene en